



Asombro, filosofía y ciencia

25 de Abril, 2018

Jorge Velarde Rosso

Docente universitario

“Perecemos por falta de asombro, no por falta de maravillas” sentenció sabiamente el escritor británico G.K. Chesterton a principios del siglo XX. Con esta frase y con esta idea me gustaría empezar esta serie de breves ensayos escritos para dataeconomia.com en un mundo quizá más asombroso que el que describía Chesterton y quizá también menos asombrado. ¿Por qué empezar así –de manera tan retórica y filosófica– en un espacio que se define a sí mismo casi en las antípodas? Imagino que muchos de los usuarios de dataeconomia.com no acuden al sitio a buscar reflexiones filosóficas sino a encontrar datos ciertos y confiables. Usuarios que de seguro tienen una formación académica que necesitan y esperan información fidedigna.

Para justificar el objetivo de estas líneas –las presentes y las que le sucederán– quisiera hacer notar el hecho mismo de la existencia de un sitio como dataeconomia.com. Quizá estas reflexiones a primera vez puedan parecer banales y la paciencia del lector esté llegando a su límite a estas alturas. ¿Qué de asombroso puede tener un simple sitio web en la era digital? Y tal vez sea necedad y simpleza querer hacer notar el asombroso hecho de que existe dataeconomia.com o el internet en general. En otras palabras, para la mayoría de los lectores, pero también para la mayoría de las personas comunes, no hay nada de asombroso en este sitio web ni en el Internet en general.

Si el lector benevolente me sigue acompañando quisiera recordar el verbo usado por Chesterton en la cita inicial. Perecer es sinónimo de morir y por lo tanto hay que recordar que Chesterton en sus múltiples ensayos se mostraba escéptico del mundo moderno. No tanto, según mi interpretación, por el mundo moderno en sí mismo, sino más bien por la actitud existencial y espiritual de sus contemporáneos. La misma cita me sirve de argumento, que en el contexto aquí esbozado podría interpretarse así: los problemas modernos tienen más que ver con la falta de asombro que con el maravilloso mundo moderno en sí. Y si aquello era válido a principios del siglo XX, considero que sigue siendo válido hoy a principios del XXI.

Y aquí retomo el ejemplo de la aparentemente sencilla existencia de un sitio web llamado dataeconomia.com. Los seres humanos tendemos a perder el entusiasmo e interés por las cosas que se nos hacen cotidianas. Sin duda está bien que sea así porque si tuviéramos que estar aprendiendo y asombrándonos cada día por las mismas cosas no podríamos hacer nada nuevo. Las personas –en esta o cualquier época– tendemos a naturalizar el mundo en el que vivimos. Así, algo tan sofisticado como el Internet es considerado tan común, normal y rutinario que incluso las personas que vivimos antes de su existencia nos cuesta concebir un mundo sin éste.

Lo que no quita que un determinado grupo de personas, que a falta de mejor denominación llamaré ‘élite intelectual y cultural’ deba entender a profundidad el funcionamiento del mundo moderno. Ese entendimiento debería llevar a una actitud de asombro; un asombro por su complejidad y funcionamiento dinámico y eficiente. En esa élite intelectual y cultural los economistas están llamados a jugar un rol fundamental, pues su especialidad los hace particularmente capaces de comprender su complejo funcionamiento. Y de ahí que en mis líneas quiera llamar la atención de estos especialistas en particular. Ya que si por un lado están mejor capacitados para entenderlo son también más propensos a darlo por sentado. Quien entiende los detalles del complejo mercado mundial puede perder la noción de que en el mundo contemporáneo se compran y venden miles de millones de productos cada hora con un grado de eficiencia impensado hace un par de décadas, ni que decir siglos atrás.

Que la mayoría ignore estos mecanismos no debería ser causa de preocupación. Pero que los especialistas –convertidos en bárbaros en decir de Ortega y Gasset si solo saben de su especialidad– sí que debe preocupar. Que un economista olvide, de tanto verlo diariamente, que el funcionamiento más o menos eficaz de los mercados mundiales es más asombroso que ordinario debería preocupar. Y no solo debería preocupar por el problema existencial que implica ser un especialista bárbaro sino también porque en su carácter de élite cultural puede ser responsable –sin darse cuenta– de que perezamos, retomando la cita de Chesterton.

Aunque no prometo hacerlo, para no dejar en evidencia a nadie, no sería difícil hacer un relevamiento estadístico de cuántos economistas, sociólogos, politólogos y demás –con más o menos entusiasmo– apoyaron diversas políticas económicas del Socialismo del siglo XXI. Sacando de lado a los intelectuales orgánicos de ese modelo ¿cuántos de los que hoy condenan o lamentan la miseria política, social y económica de Venezuela advirtieron desde el inicio que el proyecto tenía serias fallas teóricas que de ser llevadas a la práctica iban a terminar tarde o temprano como terminaron? Lastimosamente muy pocos. Venezuela debería ser un caso aleccionador de que no se puede jugar con las bases políticas, económicas, sociales del mundo moderno sin destruirlo. Su funcionamiento no es automático, no es irreversible. Esta es la intención de mis líneas, recordar e invitar a los lectores de dataeconomia.com a mantener esa curiosidad y asombro. Porque si las élites dejan de asombrarse pereceremos y no por falta de maravillas.